

El padre ante la prueba de la homosexualidad*

Michel Tort

A mediados de los años noventa, los argumentos expuestos por numerosos psicoanalistas involucrados en el debate sobre la pareja homosexual y la homoparentalidad, tomaron la escena haciéndose valer desde ese acceso muy particular que se supone poseen los psicoanalistas en estas cuestiones. En principio, por su saber acerca de la homosexualidad, y sobre todo por su conocimiento de los avatares del desarrollo psíquico. En el filo de los debates, la referencia a una teoría psicoanalítica de la homosexualidad se redujo con frecuencia a su más simple expresión. Teoría sostenida sólidamente, sobre las bases de un descubrimiento: “El homosexual ama al otro, en tanto que reflejo de sí mismo”¹ y “la homosexualidad (se dice) nos remite a una negación psíquica de la diferencia de los sexos durante la adolescencia”.²

Freud se dedicó a principios del siglo pasado a vincular la elección de objeto homosexual con los nudos de inversión afectiva y de identificación que llamó “complejo de Edipo”. No hay lugar para pretender unificar *a posteriori* una posición de vanguardia en Freud, como intentan los hagiógrafos incurables. Existen textos de distintos alcances: no todos los desarrollos del psicoanálisis están contenidos en los bolsillos de Freud, como sostienen los adeptos de la nueva teoría del preformacionismo cultural, quienes no miden la esterilidad del enfoque escolástico. Ha sido necesario el estímulo brutal del cambio social de los sujetos homosexuales para reavivar un entendimiento psicoanalítico que dormía con los puños cerrados.³ Muchos no apreciaron ser arrancados de su sueño.

* Tomado del libro *Fin du dogme paternel*, Aubier, París, 2005. Agradecemos al autor el permiso para la reproducción de este capítulo de su libro.

¹ S. Lesourd, *Le Monde*, 14-15 de marzo de 1999.

² *Ibid.*

³ Encontramos esta reapertura del debate en dos números de la *Revue Française de Psychanalyse*, 63 (4), *L'Identité*, 1999 y 62 (1) *Homosexualités*, 2003.

La diferencia de procedimientos en lo que concierne al tratamiento de la diferencia sexual salta inmediatamente a la vista. Freud jamás hizo de la diferencia de los sexos eso que observamos de manera corriente en los últimos diez años. La operación principal consiste, en efecto, en establecer un vínculo entre la negación de la diferencia de los sexos y el acceso a la parentalidad, comenzando en este terreno, con los sujetos homosexuales. Correspondería a las competencias de los psicoanalistas el trabajo de fundar el lazo de parentesco. Es así que Christian Flavigny declara:

La parentalidad tiene en efecto una función que concierne al desarrollo psicoafectivo de aquellos a quienes intenta designarles un lugar particular: los niños. Pero ante el tema de la repercusión del vínculo parental sobre los avatares de este desarrollo, la investigación antropológica permanece muda, ya que no dispone de los instrumentos de observación y de estudio adecuados. Es el psicoanálisis quien está en situación de pronunciarse acerca de los elementos que fundan, en este sentido, el lazo de parentalidad: por su acercamiento singular con el sufrimiento psíquico, observación que ha desarrollado, muy en particular, y ahora igualmente por su cercanía con el niño y su familia. El psicoanálisis observa en su intimidad las lastimaduras afectivas que conlleva el desarrollo del niño y busca un remedio para sus dificultades.⁴

Que el psicoanálisis permita acceder a los resortes subjetivos del lazo de parentalidad, es una cosa, que el psicoanálisis funde el lazo de la parentalidad, se revela, rápidamente, bastante más ambiguo.

Lo que se antepone como resultado de la experiencia del psicoanálisis de niños es, en toda justicia, la importancia para el niño del acceso a sus orígenes. A la verdad con respecto a sus orígenes. Pero sabemos, por ejemplo, que el modelo procreativo actualmente dominante ha organizado, mucho antes de que la homoparentalidad tuviera que hacer visible el problema, una negación del acceso a los orígenes perfectamente legal con el IAD (inseminación artificial con donador) o el parto bajo el nombre x.⁵ En estos montajes, que en el caso del IAD dan testimonio de la obsesión por una caricatura de la “naturaleza”, Christian Flavigny no ve ningún problema, siendo que las consecuencias nocivas de la negación del acceso a los orígenes son consideradas hoy bastante evidentes: “Estas implicaciones fueron tomadas en cuenta para favorecer el florecimiento de las iniciativas parentales inusuales; así que todo un protocolo acompaña la inseminación artificial con

⁴ Flavigny 1999.

⁵ Iacub 2000 y 2002 (2ª parte).

donador (a fin de que el deseo del padre tenga primacía sobre la esterilidad orgánica, paliada por la donación de esperma)".⁶

En cambio, la adopción homosexual plantearía un problema mayor. En efecto, "el deseo de paternidad de los homosexuales le ha dado la vuelta al asunto del parto".⁷ Este deseo se supone afectado por una contradicción.

Cuando se trata de las nuevas demandas (el derecho de adopción para un adulto solo o por una pareja homosexual) el legislador no puede ocultar el hecho de que se trata de la demanda de un derecho (el de ser padre) que los interesados mismos se cuestionan (dado que su vida sexual no es potencialmente procreativa). Seguramente el legislador se encuentra colocado en una situación delicada: rechazar ese derecho ¿no sería cerrar abusivamente una iniciativa quizá portadora de una maduración afectiva para los padres y de un porvenir propicio para el niño? Pero aceptarla ¿no es validar —precipitadamente— la evidente contradicción de la demanda, en el corazón de la cual será ubicado el niño?⁸

Idéntico discurso de Serge Lesourd, quien recrimina "el rechazo de la esterilidad" que implica la homosexualidad, mientras que "en la base de la educación, está la frustración".⁹ Está claro: la procreación como tal, aun potencial, es la que determina de hecho la parentalidad. Jean Pierre Winter expresa dicha cuestión de manera brillante cuando evoca aquello que desvincularía a la escena sexual de la escena de la concepción, o aquello que apuntaría "a aliviar a los hombres y a las mujeres de las obligaciones biológicas".¹⁰ Este naturalismo se despliega en un recordatorio de las condiciones "que permiten a una sociedad continuar asegurando y asumiendo la transmisión de la vida". Así de simple. Todo apuntado por una larga cita de Schopenhauer sobre la perpetuación de la raza humana. Por lo tanto, hasta aquí, ninguna necesidad del psicoanálisis para sostener una argumentación según la cual la procreación está al servicio de la especie, argumentación perfectamente compatible con el naturalismo cristiano del padre Anatrella: "Una pareja heterosexual está en general [*sic*] determinada a favorecer la supervivencia de la especie humana...no nos parece que seamos puntillosos —aun si es políticamente incorrecto— si nos preguntamos si esa reflexión vale para dos individuos del mismo sexo".¹¹

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ Flavigny 1999.

⁹ Lesourd 1999.

¹⁰ Winter 2000

¹¹ Anatrella 1999.

Desde esta óptica, la parentalidad homosexual aparece representada como organizadora de un verdadero delirio que comprometería los procesos psíquicos fundamentales, mediante los cuales el sujeto puede formarse la representación de sus propios orígenes y sus teorías sexuales infantiles.

Es en este punto que intervendría “lo simbólico”, inmediatamente después de responderse si “dos individuos del mismo sexo están determinados a favorecer la supervivencia de la especie”. La idea es singular: al proponerle al niño, aun antes del lenguaje, el espectáculo de dos sujetos del mismo sexo y de sus fantasmas delirantes acerca de la no-diferencia de sexos, el sujeto se vería obstaculizado en la construcción de sus representaciones inconscientes y, en consecuencia, obstaculizado en su acceso al lenguaje y a la ley. Ni más ni menos. “Estaría frente a la imposibilidad de que su propia vida sea resultado de una relación fecunda entre personas del mismo sexo”.¹²

Ninguna duda de que privado del acceso al lenguaje y a la ley, el sujeto no lograría recuperarse de la herida simbólica: “Podríamos temer que esta herida se transforme, en la primera generación, en la segunda, tal vez hasta en la tercera, en una suspensión de la transmisión de la vida: en la locura, la muerte o la esterilidad”.¹³ Como podemos observar, el sujeto es la especie; la apuesta: la transmisión de la vida. La introducción de lo simbólico no hace sino ataviar distinto esta extraña representación de la perpetuación natural. Nombrar “lo simbólico” permite también desplegar un espacio de predictibilidad sobre los efectos de una modificación del modelo de parentalidad. Los unos y los otros son más o menos prudentes o perentorios con respecto a estas previsiones a largo plazo. De la inquietud discreta “en buena lid” a la amenaza apocalíptica de Legendre.¹⁴

Último capítulo de la intervención psicoanalítica: recordarle la ley a la ley. Se trata en principio de dejar escuchar pura y simplemente —apoyados en el hecho de que los psicoanalistas son los especialistas fuera de serie del incesto— que todas esas maniobras que van de la procreación artificial a la homoparentalidad no son sino transgresiones de la prohibición del incesto o iniciativas cuya naturaleza lo promueve.

Con los Pacts, podemos validar jurídicamente la indiferenciación entre el hombre y la mujer, y hacernos creer que el respeto de la prohibición del incesto no está

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Legendre 1997.

vinculado a la pareja hombre-mujer. Adoptar el Pacs, tal y como está redactado, resultaría en una supresión de la diferencia de sexos como elemento de división del sujeto, al igual que la prohibición del incesto. Trampa literalmente perversa.¹⁵

Bajo una forma un poco menos primaria, pero no más analítica, se trataría de sumarse al actual concierto de críticas que atañen al famoso “sujeto de derecho”, los derechos subjetivos. Toda propuesta que pretenda cuestionar el orden empírico de la ley, incluidas las leyes variables que históricamente rigen la parentalidad, es asimilada a una subversión perversa o loca (cada uno de los detractores elige el registro) de las leyes fundamentales de la prohibición del incesto o del asesinato.

Un paso más: ¡qué necesidad de multiplicar las leyes escritas del derecho positivo! “El derecho nunca ha cambiado nada de las leyes no escritas. La prohibición del incesto no está formulada como tal en nuestros códigos, ni aun en los diez mandamientos.”¹⁶ Allí, el psicoanálisis nos invitaría a simplificar el trabajo del legislador. Los diez mandamientos son más que suficientes para regir la vida: no se ha inventado nada mejor. Pero ¿necesitamos realmente del psicoanálisis para declarar: “Dios, el Otro, el espacio de lo simbólico está allí para recordarle a una mujer que su hombre no es un Dios, y que entre ella y él debe ser organizado un lugar, por la voz de la humanidad como tal?”¹⁷

El psicoanálisis no es necesario: la religión ha bastado desde siempre. La pregunta rebota de todas maneras: ¿por qué sería necesario que la religión tome la forma del psicoanálisis o que el psicoanálisis tome hoy la forma de la religión?

Una cosa es cierta: en el tema de la homoparentalidad, como en el tema de las familias homoparentales, el apellido o las procreaciones artificiales, invocar al psicoanálisis garantiza las formas establecidas del derecho, mostrando que corresponden a un orden psíquico profundo que pasa inadvertido para el común de los mortales, sobre el cual, después de los religiosos, ejercerían su sagacidad los psicoanalistas.

Cuando un psicoanalista comienza un artículo acerca de la homosexualidad, haciéndose eco de la marcha gay que desfiló bajo sus ventanas, y termina concluyendo al vapor, que sí, el psicoanálisis está listo para curar a

¹⁵ A. Magoudi, *Le Monde*, 5 de noviembre de 1977.

¹⁶ Winter 2000.

¹⁷ *Ibid.*

los homosexuales de su homosexualidad, ¿se trata de debates psicoanalíticos o de polémicas culturales?¹⁸ La realidad de lo que se juega en el exterior es invocada de un modo alusivo. La penumbra del gabinete de consulta garantiza que las palabras no tengan el mismo sentido que en el exterior y que se beneficien de una transmutación difícil de comunicar. Sucede aquí lo mismo que cuando el antropólogo constata la supremacía del principio masculino, “la valencia” diferenciada de los sexos. Lo esencial está en el pequeño desfasamiento que promete un modo de referencia a lo universal, antes de que el movimiento social venga a mover lo “universal” del momento. ¿Cómo sacar las cuentas realmente? Es decir, la selección entre las aportaciones del psicoanálisis como teoría y como práctica en lo que se refiere a la relación de los sujetos con el sexo, el género y la diferencia, y el reciclaje de discursos históricos acerca de la diferencia de sexos. Seguramente no es suficiente con aislar, compungidos, un núcleo de verdad psicoanalítica protegida —por las vidrieras dobles del consultorio— de los efectos “culturales” históricos. Sino que se trata de recordar cómo ciertos elementos de teorización psicoanalítica fueron constituidos dentro de un dispositivo histórico que los condiciona y sobre el cual influyen.

En la misma edición que publica el artículo iconoclasta de Ralph Roughton¹⁹ para abrir el debate, un texto de César Botella, “La(s) homosexualidad(es): vicisitudes del narcisismo”, desarrolla un recorrido metapsicológico perfectamente abstracto, sin ningún argumento sostenido en la clínica. El autor acepta ingenuamente *in fine*: “Que quede claro que lo que estamos tratando son más bien modelos teóricos que realidades clínicas definidas”. Lo que no le impide —después de haber perseguido imperturbablemente una hipótesis “metapsicológica” sobre “la falla narcisista de los homosexuales”— concluir su artículo con una declaración solemne escasamente relacionada con su argumentación: “En la hora actual, con el aumento de conocimientos, tanto en el nivel teórico como práctico, debe ser posible afirmar [*sic*] que el psicoanálisis está llamado a resolver el problema de la homosexualidad”.²⁰ ¿Llamado por quién?

El aspecto más sorprendente de semejante declaración no es solamente la confesión de un pensamiento especulativo, sumado a una predicción

¹⁸ Botella 1999: 1317.

¹⁹ Roughton 2001.

²⁰ Botella 1999: 1309.

perentoria y sin fundamento. La sorpresa reside en un trastocamiento muy extraño. Si en efecto, nos atuviéramos a un discurso, por otro lado, bastante común desde Freud mismo, correspondería al psicoanálisis determinar de qué y de cuál síntoma pretende liberar al sujeto, siendo aquí ese síntoma la homosexualidad. Desde los orígenes, las preguntas planteadas al psicoanálisis por los sujetos homosexuales están atrapadas en lo que no es ni siquiera un equívoco, sino un estuche malsano. Mientras que los psicoanalistas no intervienen en principio y, hasta donde sabemos, sino cuando son solicitados por los sujetos mismos, todo sucede como si les correspondiera interpretar los movimientos homosexuales y las reivindicaciones sociales de identidad que son objeto de controversias en los movimientos gay y lésbicos. De manera que los psicoanalistas, allí donde se supone que son competentes, por la transferencia, se callan o están fuera de servicio; en revancha, allí donde se sitúan en el mismo plano que todos los ciudadanos, irrumpen interviniendo en su calidad de psicoanalistas. El resultado de este juego cruzado es desastroso. Las “interpretaciones” sobre los movimientos colectivos reproducen estereotipos bajo una vestimenta psicoanalítica. Cuando estas “interpretaciones” son recibidas fríamente por los interesados, podría quizá parecernos insuficiente invocar “el rechazo del psicoanálisis”, “la negación del origen psíquico de la homosexualidad”. Se alega que este desacuerdo ¡comprometería las investigaciones sobre la homosexualidad! ¿Se supondría acaso que los sujetos homosexuales están invitados a prestarse dócilmente para ser sujetos de experimentación?

De la misma manera, aunque los modelos superpuestos no tengan algunas veces ninguna base clínica, los homosexuales son invitados a someterse a esas construcciones, por lo menos esos homosexuales cuyos casos no son aún desesperados. Recordamos, en efecto, que “el psicoanálisis” está llamado a resolver el problema de “la homosexualidad”. Entonces, el sujeto es “el psicoanálisis”, y no los homosexuales, ni los psicoanalistas. Entonces el psicoanálisis resolverá el problema de la *homosexualidad*, “a condición de que el analizante no esté sometido desde el punto de vista psíquico, a la necesidad de una concreción homosexual [?] al punto de reivindicar la existencia de una tercera vía sexual, y si no entrapa su narcisismo defendiendo frente a la sociedad su derecho a ser homosexual”.²¹

²¹ *Ibid.*

La lección es luminosa: no se puede ser, a la vez, un sujeto en análisis y un sujeto de derechos. Sin embargo, significó un parteaguas en la historia de la subjetividad ese momento en el que los objetos del saber psiquiátrico fueron reconocidos como sujetos plenos, cuyo punto de vista acerca de su posición ocupó —de allí en adelante— un lugar central. Ciertamente la ilusión de una coincidencia del sujeto consigo mismo está rebasada, como consecuencia del desconocimiento del yo y de la división del sujeto. Pero en la interpretación pública *ex cathedra* no están dadas las condiciones para que el sujeto reconozca su propia división. Se trata de asestarle al sujeto la lección de un saber cuya fragilidad ya constatamos y de dictarle —como en el buen pensamiento de antes— la lectura de su propia vida.

¿Cuál es la lección de este episodio? Primero, prueba que la cultura analítica, toda ella, sin hablar del psicoanálisis, no nos inmuniza contra un derrape homófobo monumental, en el cual la corporación tiene dificultades para diferenciarse del episcopado —o de los tenores de las dos asambleas— al negar la palabra de los sujetos homosexuales. Sobre este punto insiste Eric Fassin a propósito de la “inversión de la cuestión homosexual”.²² Contrariamente a las afirmaciones venenosas de ciertos fieles de las iglesias lacanianas, no se trata de colocar las elaboraciones psicoanalíticas (acerca de la homosexualidad o de otros temas) bajo advertencia, sustituyendo la *vox populi* con la argumentación psicoanalítica, sino al contrario, se trata de liberar el abordaje propiamente psicoanalítico de las consideraciones aproximativas surgidas, a fin de cuentas, de los estereotipos colectivos.

Por otro lado, se desarrolló espontáneamente una posición de *expertise*, que no puede ser psicoanalítica, en nombre de los saberes establecidos en psicopatología infantil, con el tema de los supuestos “efectos transgeneracionales” de la homoparentalidad. En lugar de que la cuestión política planteada por los sujetos homosexuales haya encontrado en el psicoanálisis su relevo, el análisis ha sido utilizado para atiborrarles sus reivindicaciones en la garganta, en nombre claro está, de las particulares luces que supuestamente alumbran a los analistas para trasladar esta cuestión a sus fuentes infantiles.

Ante la realidad de tener que aceptar que la cuestión sexual en el psicoanálisis precisa ser rearticulada a partir de las reflexiones que nos sugiere

²² Fassin, “Poderes sexuales”.

la homosexualidad y sus avatares históricos, admitiendo así que el entendimiento psicoanalítico puede ser y es afectado por la discordia pública, ha sido más fuerte la tentación de re-fabricar una concepción consensual, sustraída a las intemperies. Un psicoanálisis de repliegue y de tregua. Justo ahora, que la teoría y, sin duda, la práctica de los psicoanalistas cualquiera que sean sus orientaciones, han sido afectadas por el debate público de la homosexualidad. Es una evidencia. Basta con comparar los textos publicados durante los diez primeros años, para aprehender el replanteamiento de las preguntas y la necesidad de reelaborarlas, incluido un intercambio con las perspectivas estadounidenses.

Quizá deberíamos distinguir, en esta perspectiva, dos tipos de problemáticas que se desprenden con bastante claridad de las recientes prolongaciones del debate.²³

La primera sería metodológica y psicopatológica. Se trata, sobrepasando la pura deducción metapsicológica que ya vimos en acción, de concentrarse en responder a los argumentos según los cuales los hijos de madres/padres homosexuales no tenderían a estar más perturbados que los hijos de madres/padres heterosexuales, lo que se concluye a partir de diversos estudios psicológicos o médicos.²⁴ La fragilidad de algunos de estos trabajos ha sido puesta en evidencia muy acertadamente por Paul Denis:²⁵ ausencia de un grupo de control, de estudio longitudinal, reclutamiento en las asociaciones de militantes, etc. Pero falta determinar en qué terreno se sitúan, tanto estas objeciones pertinentes como los trabajos que critican; está claro que se trata de argumentaciones psicológico-médicas de una parte y de otra.

Pero la cuestión psicoanalítica no está ubicada en este plano. Ella supone, en principio, que haya sido reexaminado el estatus de la relación con la norma, con las normas en el psicoanálisis, en ocasión y sobre las bases concretas de la clínica de la homosexualidad. Pero el estatus psicoanalítico de las perversiones fracasa, hasta el momento, en su intento de salir del callejón sin salida de la normalización. Por otra parte, las dificultades que nos representaríamos en nombre de una concepción del derecho (el no derecho al hijo), además de que coincidirían con una de las posiciones que se

²³ De manera notable en "Les enfants de l'homoparentalité", *Revue Française de Psychanalyse*, 67 (1), Homosexualités, 2003.

²⁴ Nadaud 2002.

²⁵ Denis 2003.

oponen en las controversias jurídicas, pertenecen al dominio jurídico y necesitarían, justamente, una argumentación psicoanalítica específica. En cuanto al principio de precaución (“¿Se puede, con toda tranquilidad de espíritu, en todos los casos, sin serias y positivas razones, prescribirle a un niño, una pareja de padres homosexuales?”²⁶) el punto no puede ser invocado... sin precaución. Porque la adopción no es una prescripción, y sobre todo, porque la aplicación de las mismas exigencias a las parejas heterosexuales fértiles tendría probablemente efectos devastadores.

En fin, los argumentos sustraídos de la clínica analítica misma permanecen bastante restringidos en sus alcances. El caso narrado en la misma edición: el psicoanálisis de un hijo de padre homosexual²⁷ que relaciona la dificultad de identificación viril con la homosexualidad del padre es interesante, pero uno puede preguntarse qué es lo que tendríamos que inferir de la exposición del caso. ¿No sería perfectamente compatible el mismo cuadro con un padre heterosexual? El límite mayor de esas argumentaciones, desde el punto de vista psicoanalítico, es que corren el riesgo de presentar observaciones establecidas a propósito de los sujetos homosexuales, como si estas constataciones estuvieran vinculadas a la parentalidad homosexual como tal, subrayando así los riesgos que esta parentalidad acarrearía en el desarrollo psíquico de los niños. De manera que, por un lado, aun tomando la precaución de apartar toda visión simplista de la causalidad psíquica —lo que sucede generalmente— la homosexualidad del padre o de la madre (parece ser que particularmente la del padre) es presentada como un riesgo establecido por la clínica. Por otra parte, hay que notar que podemos enunciar legítimamente que no sabríamos “exigir la organización por la ley”, de “situaciones organizadas espontáneamente por los individuos”²⁸ desde el punto de vista del derecho, o del ciudadano, no del psicoanalista.

La segunda dirección de análisis que aparece es bastante poco habitual y presenta la ventaja de partir de una constatación empírica. Más de la mitad de los sujetos en Occidente no viven en condiciones tradicionales,²⁹ es decir, con su padre y su madre; ya no es satisfactorio, en estas condiciones, persistir en la interpretación de que el desapego a la norma es patológico.

²⁶ Denis 2003.

²⁷ Ody 2003.

²⁸ Denis 2003.

²⁹ Citado por K. Corbett, del *New York Times* del 11 de junio de 1999.

(Es la misma observación que hicimos con respecto a las situaciones de soltería, o de divorcio y otras.) Se impone, entonces, reconsiderar las normas (que aparecen como tales), reevaluar las teorías del desarrollo en virtud de un principio: “las historias dependen, tanto de los ideales, como de los hechos”.³⁰

Al mismo tiempo, en vez de establecer deductivamente los efectos negativos de situaciones no tradicionales, entre los cuales la parentalidad homosexual no es más que un aspecto, podría plantearse como principio que la realidad de los padres gays y madres lesbianas somete a un niño a dificultades inéditas, *sui generis*, que serán determinadas empíricamente y tratadas en su singularidad, y que el analista puede ayudar al niño y a sus padres a resolverlas por caminos que no tienen nada que ver con la guerra emprendida contra la “patologización” sabia e incriminante, y la reacción defensiva que niega a los sujetos. En el caso presentado por Ken Corbett, la dialéctica del donador y del padre es devuelta a su intrínseca sutileza, el analista ayuda al sujeto a inventarse un padre que no corresponde sólo al dominio de lo real, y las madres ayudan a comprender su experiencia de marginalidad, no negada, sin negar ni sus angustias, ni los placeres de la diferencia.³¹

El interés de este trastocamiento de perspectiva aparece claramente cuando, sobre las bases de situaciones nuevas en familias no tradicionales, incluidos los homosexuales, “la” escena primaria misma es reinterrogada.

La escena primaria implica una singularidad o uniformidad de deseo que no concuerda con la multiplicidad de la experiencia del deseo sexual.³² El meollo es la manera en la que se acepta como verdad que la “escena primaria” configura las relaciones heterosexuales en tanto que núcleo simbólico de la sexualidad, y de la procreación.³³

De una manera más general, esta dualidad de perspectivas, que aparece en el debate de la homoparentalidad, pareciera corresponder, *de facto*, a diferencias culturales en la manera de abordar las cuestiones de la sexualidad, según una partición que opone a muchos de los trabajos anglosajones y franceses. Si tal es el caso, se vuelve difícil utilizar a rajatabla una herramienta metapsicológica, en la cual la naturaleza “meta” no llega hasta el

³⁰ Corbett 2003.

³¹ *Ibid.*

³² Aron 1995: 214, citado por Corbett 2003: 212.

³³ Corbett 2003.

punto de neutralizar las diferencias culturales y nacionales, sin hablar de las evoluciones históricas. Se vuelve urgente —y es el sentido que podemos dar a los debates que se desarrollan en los contextos considerados— partir de las diferencias culturales e históricas para re-conceptualizar lo “metapsicológico” •

Traducción: María Teresa Priego

Bibliografía

- Anatrella, T. 1999, “À propos d’une folie”, *Le Monde*, 26 de junio, p. 17.
- Aron, L., 1995, “The Internalized Primal Scene”, *Psychoanalytic Dialogues*, 5(2).
- Botella, C. 1999, “L’homosexualité(s): vicissitude du narcissisme”, *Revue Française de Psychanalyse*, 63(1).
- Corbett, K., 2003, “Le roman familial non traditionnel”, *Revue Française de Psychanalyse*, 67(1), pp. 195-217.
- Denis, Paul, 2003, “Fantasmes originaires et fantasme de la pédophilie paternelle”, *Revue Française de Psychanalyse*, 67(1), pp. 240-247.
- Iacob, M., 2000, “L’empire des mères””, en *Le Monde des débats*, marzo.
- Iacob, M. 2002, *Le crime était presque sexuel*, Epel.
- Flavigny, C., 1999, “Le Pacs, l’enfant et Freud”, *Liberation*, 19 de octubre, p. 6.
- Legendre, P., 1997, “L’Essuie-misères”, *Le Monde de l’éducation*, diciembre.
- Nadaud, S., 2002, *L’Homoparentalité: une nouvelle chance pour la famille?*, Fayard.
- Ody, M., 2003, “Troubles de la représentation chez un enfant de parent homosexuel”, *Revue Française de Psychanalyse*, 67(1), pp. 219-228.
- Roughton, R. 2001, “La cure psychanalytique des homosexuels hommes et femmes”, *Revue Française de Psychanalyse*, 65(2), pp. 1280-1299.
- Winter, Jean-Pierre, 2000, “Gare aux enfants symboliquement modifiés”, *Le Monde des débats*, marzo, p. 18.